



Micro abierto
organizado para:

**La Noche
de los Libros**



**Madrid
22 Abril 2016**



Autor: Miguel Montañez Esquíroz
El último dependiente de videoclub de la provincia de Ávila

El autobús que traslada al último dependiente de videoclub
de la provincia de Ávila
avanza sobre el firmamento de cristalitos incrustados
en el oscuro asfalto
que centellean bajo el sol.
Un séquito de pájaros
sobrevuela la carretera ofreciendo una hermosa exhibición aérea
que el paleta observa melancólico a través de la ventanilla
al tiempo que un senegalés que recoge espárragos
levanta la cabeza haciendo visera con la mano
y contempla el paso del convoy,
sospechando
quizá,
que está siendo testigo de algo que se acaba,
que allí va un sujeto en vías de extinción.
Movido por un extraño impulso
echa a correr hacia el vehículo agitando sus brazos,
tan grande es la emoción que le ha invadido de pronto.
El último dependiente de videoclub de la provincia de Ávila
atraviesa la yerma meseta castellana
y siempre quiso estudiar bellas artes,
pues empleó buena parte de su niñez
copiando los dibujos de la Biblia ilustrada que le regalaron
el día de su primera comunión,
pero el peso de varias generaciones de artesanos del vídeo
se interpuso en su camino.
Viaja el buen dependiente a la capital
en busca de ideas para refloatar el negocio,
depositario de una tradición familiar que se remonta
a la aparición de Robocop en VHS.
No habrá llamada para confirmar la llegada.
El anciano padre,
el hombre que le enseñó todo lo que hay que saber sobre el rebobinado,
recibirá en cambio el aviso de la Guardia Civil
notificándole que,
a pesar de los intentos de un inmigrante que se encontraba en la zona
por impedir lo inevitable,
el autocar que transportaba
al último dependiente de videoclub de la provincia de Ávila
se ha precipitado por un barranco.
El conductor cuadruplicaba la tasa de alcoholemia.

Autor: Raúl Galache
Noche estrellada

Pero lo cierto es que nunca había visto las estrellas.

Había leído muchas veces cómo eran, sí, pero, en realidad, daba por cierto que se trataba de otra fantasía más que se resistía al olvido, como los árboles, la bruma o el viento, otro de aquellos restos pegajosos del viejo mundo, solo palabras a las que su libro, arrugado por el polvo, había prestado una imagen que, de tanto recordarla, ya no sabía si provenía del sueño o de lo vivido, si alguna vez aquellas grandes bolas habían girado en un tapiz tan azul, armonizadas en las espirales del viento de la noche, rimando blancos azules y amarillos, como si el solo hecho de la existencia de esa noche estrellada justificara el sufrimiento posterior, la jauría del odio, el estallido de miles de soles en la tierra, el polvo amasando el aire, la muerte de sus padres y la huida bajo la tierra.

La piel se le erizó como si quisiera rasgar el viento. Instintivamente, se llevó las manos a los brazos y se los frotó con fuerza. Una palabra se abrió paso a machetazos desde las fronteras del olvido hasta el centro de su consciencia: "frío". Tenía frío; por primera vez desde que ella recordaba. Pero no quería moverse. Temía perder el cielo si lo hacía, si lo dejaba huérfano de miradas. Era absurdo pensar que algo así existía sin ningún fin, sin el propósito de que fuera contemplado, así que respiró hondo y dejó que su cuerpo se abriera a la noche: el oleaje de la tierra húmeda, las punzadas del aire, la lluvia titilante de plata. Extendió los brazos y se supo la única persona sobre la faz de la tierra.

Y seguramente lo era.

Bajo sus pies, tampoco quedaba nada. La noche se deshacía en un murmullo de lágrimas.

Se estaba bien allí.

Autor: Miriam Pérez García
Musa perdida

Sueños imposibles, perdidos por el mundo, dispersos en el tiempo.

En imaginación inmersos, en muchas mentes perdidas. Se creen olvidados, se esconden en recovecos y esquinas.

Algunos viven en el callejón de Nunca Jamás, y en la entrada ponen un prohibido para que ningún humano quiera entrar.

Un día alguien entró en el callejón de los sueños olvidados, ignoró el prohibido y pasó de largo.

Al fondo vislumbró el humo de las llamas, y aunque no veía a nadie cientos de voces escuchaba.

—¿Qué buscas? —le susurró una voz al oído.

— A mi musa que creía haber perdido.

—¿Y cómo sabes que aquí ha venido?

—Porque seguí su voz en sueños como si jamás se hubiese ido.

—¿Osas reclamar a quién abandonaste?

—Me dijo que debía venir antes de que esta noche terminase. ¿Es verdad que si os olvidan mucho tiempo desaparecéis?

— Los olvidados no existen si nadie les reclama. Desaparecemos porque vuestra realidad no nos ama.

—Pues yo soy ahora quien reclama, para poder llevar de vuelta a la musa a dormir en mi cama.

—Pasa y mira hacia la derecha, si consigues verla es que es la vuestra.

El chico paseo caminado sobre el viento, y allí la encontró, cabizbaja, sin esperanza de salir, sin corazón, cada vez más traslúcida perdiendo la razón.

—¡Ya estoy aquí, mi musa! Yo seré tu corazón. No desaparezcas de mi vida, sino ¿quién me dará la inspiración?

—Todos abandonados, ninguno reclamado... De nuestra bondad habéis abusado. Todos sabemos que fueron otros los que nos crearon y nos tiraron.

—¿Cómo es que alguien a mí me está buscando? Yo ya no soy nada ni soy de nadie, mi único destino es dispersarme y vivir entre el aire.

—Por favor, vuelve conmigo. El tiempo apremia y se escurre incesante. No perdamos ni un instante. Un sueño me contó de tu paradero y he venido a rescatarte. Tú crees que te tiré por el sumidero, pero me arrepiento, y a ti he vuelto suplicando clemencia por mi error pasajero.

—¿Cómo sé que no me mientes y me volverás a traicionar? ¿Crees que soy estúpida quizás?

—Para nada. Arrodillándome te pido que me des tu mano, prometiendo que estaremos juntos y crearemos todo lo que queramos.

Tímida, la cabeza levantó y arrodillado, agachado entre lágrimas, estaba su creador, que con mirada suplicante le pedía que le acompañara.

¿Y si tal vez ella aceptara?

Una almohada sintió. El muchacho lentamente sus ojos abrió, y por un instante allí la vio, su musa más brillante que nunca en su cama apareció.

Completamente dorada, parecía que de toda su piel oro brotaba.

Tras un parpadeo, de su vista se fue.

Por un segundo sintió abrazarla, después tomó un lápiz y empezó a dibujarla.

Su musa, su sueño distante, ahora tan cercana, podía relajarse.

Dejó fluir el arte y buen resultado le dio.

Tras intenso día de trabajo a su cama regresó, y cuentan que en varios días no despertó.

Autor: Agustín Bodega Molina
Relativamente casual

Dijo que no tardaría ¿o que no volvería?, cuando dio el portazo tras de sí. Por esto y porque ella era algo sorda no le quedó clara la despedida.

Cuando no bebía era entrañable, cariñoso y atento, oía comentar frecuentemente a la vecina hablando de su marido. Él no. Desde que perdió el trabajo nunca volvió a ser entrañable, cariñoso ni atento.

El Señor apareció en el jardín desde la puerta de servicio. Mal presagio barruntó el chofer.

En efecto, ni le saludó cuando entró por la portezuela trasera del BMW arrojando sobre el asiento su maletín negro.

En la casa quedó sollozando ella, tras volar su estima con los primeros exabruptos matinales del Señor, lanzados como misiles. ¿Tan absurda era realmente?, ¿tan tontos sus argumentos? Desde que dejó su trabajo por dedicarse al Señor, este ya no volvió a ser entrañable, cariñoso y atento como antes.

El consejo de administración se reunía a las 9:30 a.m. en la lujosa sala de juntas de la planta 46, la de alta dirección del Banco. El Señor entró con su maletín negro a las 9:20 a.m.

Los desayunos se empezaban a repartir a las 8:30 a.m. Cuando él llegó ya había 9 personas por delante, esperando en la acera. Desde allí fue andando hasta el centro para pedir trabajo, limosna, vino. Siempre conseguía bastante de lo último, y lo agotaba en el descuidado jardín del centro de la plaza, arrellanado en el mismo banco sucio.

Al Señor lo recogió el chofer a la 1:45 p.m. para ir al restaurante a una comida de trabajo.

Él se incorporó titubeante, con todo el vino dentro, para volver a la esquina del gran edificio. Dejó sobre el sucio banco tres tetrabriks vacíos que acompañarían a varios más acumulados en la tierra recién orinada.

Él, para llegar a su esquina, tenía que cruzar la amplia avenida, llena de coches. Sentía vértigo.

El coche del Señor aceleró cuando llegaba al semáforo con luz ámbar. Alguien se interpuso en su camino sin que el chofer tuviera tiempo de reaccionar, impactando contra él. A la vez, por el violento volantazo que dio al tratar de esquivarlo, el BMW perdió el control chocando, su parte trasera, contra los bajos de un camión que transportaba tetrabriks de vino.

Ellas se conocieron en el tanatorio. De vidas gemelas compartirían el futuro desde una cercana cafetería tomando un té. Sin mirar alrededor.

Autor: Almudena Anés
La luz de tus párpados

Cerrados o dormidos, con el rímel corrido o acompañados de lágrimas secas, no necesito ver tus ojos para saber lo que piensas. Durmiendo desnuda en mi cama, oculta entre las sábanas, tus párpados nerviosos me buscan en mitad de la oscuridad, pero no me encuentran y tiemblan por mi ausencia. Venas azules que despiertan hinchadas en tu cara pálida, la clavícula se te marca en la zona del hombro y te acaricias en la ducha, esperando a que haga mi aparición en escena.

Susurrando palabras difusas entre sueño y pesadilla, te aferras a mi cuerpo en las noches más frías, intentando encontrar algo de calor que salga desde mi pecho y alumbra las sombras que pueblan tus tinieblas. Párpados como faros que iluminan mis ojos cerrados, como luces fosforescentes en la niebla, llenos de vida interior y que, sin embargo, miran y no miran.

Silencio en tu cerebro, murmullos de corriente alterna en tu bombilla eléctrica, piensas y me imaginas, tus dedos divagan por los contornos de mi rostro, dibujando cada línea a carboncillo, retrato estrambótico de un yo que no soy yo. La envidia que me invade con rabia y tristeza, mi puño apretado y mi sonrisa estática en la cama, tus párpados me observan mediante ríos de lava, una luminosidad que me penetra.

—¿A quién amas? —te pregunto como si nada, páginas desordenadas de un libro de tapas duras resbalando por mis manos quebradas.

Tú te giras, tocas el piano, una sonata; pero no respondes, sólo sonríes y continúas repitiendo el mismo *leitmotiv* de nuestra relación una y otra vez. Nuestros párpados se tropiezan y la piel aflora en sudores y gemidos al alba, cierras tus segundos ojos y abres los primeros para verme sin ropa, párpados que observan y no interpretan, que ven y no comprenden... que lloran a oscuras en 4'33 minutos de silencio cada hora.

Tus parpadeos son asentimientos constantes a mis sentimientos, ni más ni menos, y el arte es otra forma más de conocimiento sensible, algo táctil casi incomprensible para quienes vemos y no vemos. Primeras membranas selladas para la luz del exterior; segundos párpados para acallar las voces que brotan desde tu íntimo dolor, y un espacio intermedio donde guardas mi amor.

—Lo único que veo... eres tú — Contesta un día de repente, donde el aire se congela y mis ojos no escuchan ni mis oídos entienden, ninguno de ellos puede... Porque te miro y no te miro y, aún así, sigo aquí contigo. Frente contra frente, mano con mano... párpado con párpado.

Ojos azules más translúcidos que los prismas de juguete, sentada al lado de la ventana, le sonríes a un mundo inexistente... Oscuridad permanente. Párpados melancólicos que me acechan desde la distancia y me piden que me acerque, me lo agradecen y ordenan a los labios que me besen...

Porque tú miras y no miras, porque yo miro y no miro...

Nos miramos.

Autor: Marisa González Valero

La joven vio un libro, sin título ni autor, con una mirilla en la portada.

La abrió, y un mundo de palabras y letras sueltas apareció ante sus ojos. Pero le dio vergüenza seguir mirando porque palabras

y letras estaban desnudas y se mezclaban en una orgía perturbadora.

Cerró la mirilla, abandonó el libro y nadie fue nunca a poner orden en ese caos.

Autor: Javier Martín
Título: Menos de un segundo

Esta historia comenzaría con un hombre, digamos que de mediana edad, unos 30 años, que está tumbado en el sofá de su casa frente al televisor viendo por quincuagésima vez Casablanca y deseando que Ilsa se vaya con Rick y no con su marido. Es un iluso, aunque en realidad sabe que no va a pasar, ¡ha visto esa escena tantas veces que se la sabe de memoria! “Los nombres son Victor e Ilsa Laszlo” Por supuesto que lo sabe. Mira el televisor y, por primera vez en su vida se da cuenta del significado de la expresión de Bogart. Entonces no puede resistir el impulso y apaga el aparato. “¿Y si esta vez ella se va con él?” Pero no puede encenderlo, la cara de Ilsa, ahora presente en la habitación se lo impide. Entonces él pregunta, ya en voz alta: “¿Por qué?” Y escucha su propia voz, brotando de la boca de Ingrid, sin saber exactamente qué responder. “Por amor hacia ella y no hacia él, por principios” En ese momento es cuando él se da cuenta de que no está en su sofá, no está en su casa. Se encuentra en un páramo en ninguna parte, preguntándose porqué ha ido allí. La herida sangra cada vez más y él se va dando cuenta de que no hay final, esta vez no, esta vez puede que Ilsa se vaya con Rick, o incluso que Reno suba con Rick al avión, ¿quién sabe? Al fin y al cabo a nadie le importa la opinión de un soldado a punto de morir en la otra punta del mundo, por una guerra en la que no cree. Va a morir porque su país le pide que lo haga. Es un iluso. Sabe lo que va a pasar y desea, esta vez con más fuerza que nunca, que Rick suba al avión. Cuando está a falta de menos de un segundo de exhalar su último suspiro se da cuenta de que no está en ningún páramo, se encuentra en la habitación del final del pasillo de la casa en la que vivía cuando era pequeño y está tapado hasta arriba, con las manos en los oídos, para no oír los gemidos que emiten sus padres en la habitación. Piensan que él está dormido, pero no lo está. Hay más cosas que ellos no saben de él, como que se masturba prácticamente todos los días. Él cree que ellos no tienen la menor sospecha de ello. Es un iluso. Cuando sus padres están a menos de un segundo de llegar al orgasmo se da cuenta de que no está en esa habitación, sino en su propia cama, y que los gemidos que escuchaba no eran los de sus padres, eran los suyos. Ahora comprende todo, está encima de la chica guapa que conoció hace algo más de seis meses. Los dos se mueven. Continúan los gemidos y cuándo están a menos de un segundo de llegar al orgasmo, por primera vez en su vida, se da cuenta de que el televisor se ha encendido y Rick e Ilsa van en el avión.

Autor: Antonio
Vivencias de un visitante inesperado

Pulsé el botón del portero automático, al cabo de unos segundos el altavoz cobró vida con una crepitación y una mujer preguntó en qué podía ayudarme. Le di mi nombre. Me preguntó si tenía hora. Admití que no. Me dijo que el señor estaba ocupado. Contesté que me sentaría en la escalinata y esperaría, y tal vez abriría una cerveza para matar el tiempo, pero no me atenia a las consecuencias si me entraban ganas de echar una meada.

Me dejaron entrar. El encanto, por poco que sea, abre muchas puertas.

Me senté en uno de los sillones. Era incómodo, tal como sólo pueden serlo los muebles muy caros. Al cabo de dos minutos me dolía la base de la columna. Al cabo de cinco, me dolía también el resto de la columna, y otras partes de mi cuerpo se quejaban por solidaridad. Me planteaba ya tumbarme en el suelo cuando se abrió la puerta y me dejaron entrar.

Sentí curiosidad por saber con quién hablaba por teléfono hacía un momento. Quizá no guardaba relación alguna conmigo, en cuyo caso tendría que afrontar la posibilidad de que el mundo no girase en torno a mí. No sabía si ya estaba preparado para dar ese paso.

Les sonreí. Ya éramos todos amigos. Quizá me invitasen a ir de viaje con ellos. Podíamos beber, reír, recordar la tirantez de nuestro primer encuentro y darnos cuenta de lo estupendos que éramos.

No me devolvieron la sonrisa. Al parecer el viaje se había cancelado.